



RELATOS DE VIAJES

PUNTA LOBERÍA, CHUBUT

Los últimos guanay (*Phalacrocorax bougainvillii*) de la Argentina

por Germán Pugnali
gpugnali@yahoo.com

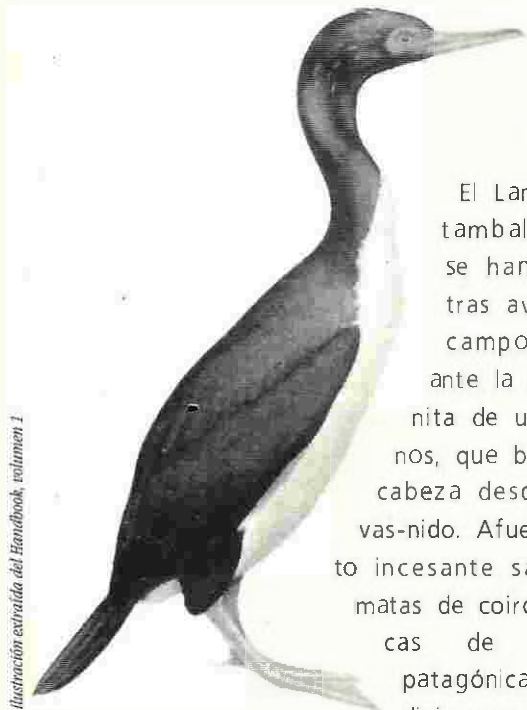


Ilustración extraída del Handbook, volumen 1

El Land Rover se tambalea, cruje y se hamaca mientras avanzamos a campo traviesa, ante la mirada atónita de unos pingüinos, que balancean su cabeza desde sus cuevas-nido. Afuera, un viento incesante sacude unas matas de coirón, tan típicas de la costa patagónica. A lo lejos, divisamos un tómbolo

rocoso, cuya punta se tiñe de blanco por el guano. Algunas gaviotas y eskuas sobrevuelan la colonia de los últimos guanay de la Argentina.

Este cormorán es una especie común en el océano pacífico, pero muy rara en la costa atlántica, por lo que nos habíamos propuesto organizar un viaje para verlos.

Esa mañana, Víctor Hugo hizo sonar la bocina del vehículo en la puerta de la casa de Luis, en Puerto Madryn, desde donde partimos muy temprano. Pasamos a buscar a Marcelo, biólogo del CENPAT, quien estudió en detalle a la especie y fue nuestro guía. Gabriela (guía de turismo) y Verónica (estudiante de biología) completaron el equipo.

Nuestro vehículo deberá recorrer más de 100 kilóme-

tros, la mayoría de ripio, en dirección a Punta Tombo, y luego desviarnos hacia Camarones, para ingresar más tarde a caminos de menor importancia, atravesando algunas estancias. Luego, seguir una huella y cruzar un par de cañadones hasta finalmente estacionar en una duna arenosa frente a la playa. Aquí no termina la cosa... Hay que continuar la última parte a pie, cruzar al islote, (solo accesible con marea baja) sobre la pedregosa y resbaladiza superficie de las rocas, cubiertas de filosos mejillines. Luego caminar a través de una colonia de gaviotas cocineras (sobrevivir al bombardeo) y llegar a la cormoranera.

Después de cinco horas de viaje, estamos frente al lugar. Acaba de detenerse el motor de la camioneta... Rápido, bajamos las cosas: binoculares, trípode, telescopio, y mochila con zapatillas de repuesto y traje de baño, pues no sabíamos si llegamos a tiempo y si la marea ha cubierto el canal de acceso. Comenzamos a subir la duna mientras la agitación nos hace disipar lentamente la adrenalina de los últimos instantes. Divisamos en la punta rocosa algunas manchitas blancas y negras, balanceándose en su cumbre redondeada. Paramos a tomar aire, montamos el telescopio, y hacemos una primera inspección. El paneo es lento, pero con ansiedad, como disfrutando la incertidumbre de los últimos minutos. De pronto, vemos un cuello negro con garganta blanca: ¡guanay!

Sí, pero falta algo. Durante la última fase de extinción de esta población, comenzó a hibridarse con el



guanay

C. Sallabene

cormorán real, y los puros solo se distinguen por características muy difíciles de apreciar a la distancia: color del anillo ocular, color del ojo, entre otros. Es necesario continuar, cruzar el canal y aproximarse más.

Dejamos el telescopio y cruzamos con cuidado, subimos la última parte, dejando de lado una pila de guano abandonada y nos acercamos con cautela a los cormoranes, que nos miran con desconfianza. Agachados, casi cuerpo a tierra, nos ponemos en posición y comenzamos a estudiar a todos los ejemplares, uno por uno. Buscamos algún individuo puro que, como dice Tito "Parece un intermedio entre el Roquero y el Real. Solo **periocular rojo. Iris verde.** Sin auricular blanco. Alargada zona gular blanca no unida al **blanco ventral** que avanza **en cuña hasta la mitad del cuello-** pico amarillento."

Pronto, la silueta buscada se dibuja en el ocular. Coincide plenamente, pero hay algo raro: esta emparejado con un híbrido, lo mismo que otros dos, emparejados con cormoranes reales. Solo una pareja es "legal" guanay - guanay.

El otro grupo que queda está en Punta León y son todos híbridos.

Todo esto forma parte de un fenómeno que ocurre naturalmente en las poblaciones pequeñas de aves. Esta especie llegó a la zona en la década del 60, probablemente por una episodio relacionado al fenómeno del Niño, en el que se desplazaron muy al sur del Pacífico, por la costa chilena. Al querer regresar al norte, buscando su latitud de vida, un grupo equivocó el camino, tomando la costa atlántica. Se instalaron en Punta Tombo, donde tanto Francisco Erize como Tito Narosky

tuvieron la oportunidad de estudiarlos. Esta información sería usada para su guía de aves de la Argentina, donde un epígrafe reza: Pta. Tombo (Chubut). Sin embargo, luego ocurrieron ciertos eventos catastróficos en la colonia, que sumados a los factores genéticos que afectan a las poblaciones chicas y probablemente algo de intervención humana (extracción de guano), llevaron a la especie a tener actualmente solo cinco individuos puros en toda la costa argentina.

Esos cinco individuos están ahora frente a nosotros, acicalándose, aleteando, descansando...sin conocer, ni parecer importarles, la dramática historia de su lucha por adaptarse y sobrevivir.

Regreso, ya más lentamente y pensativo (tanto que casi me olvidó el telescopio clavado en la arena), esperando que este no sea el mismo destino de las demás aves argentinas.

Este artículo se confeccionó dos horas después de regresar del campo y sobre el cierre de la revista, por eso: ¡paren las rotativas! ¡Y que viva el guanay!

Agradezco a Laura Scisciani, por su habilidad para incluir este artículo sobre el cierre de la revista. A Pablo Yorrio, por su paciencia luego de responder miles de preguntas durante los últimos dos años. A Luis Segura, por ayudarme a montar esta expedición y acompañarme en mi locura. A Marcelo Bertelotti, por llevarnos a su lugar de estudio. A Víctor Hugo Montini, por conducir nuestra ansiedad a buen término. A Gabriela Aguilar y Verónica Ikeda por acompañarnos en la expedición. Y especialmente a Norvis, verdadera ornitóloga, autodidacta en estos parajes solitarios, por compartir su arte fonográfico con nosotros.



guanay

C. Sallabene